

LA HOJA de PARRA



MARCA
REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Santa Isabel, 45. Apartado 517.—Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

CARAS
BONITAS

LUZ GENELTY

SUMARIO

CÉSAR JALON

Sección vermouth.

A. LARRUBIERA

Las píldoras de la felicidad.

CLARITO

Nuestros artistas y la guerra.

J.M. BLAZQUEZ DE PEDRÓ

¡A gozar!

PEYRE DE BETOUZET

La venganza.

ANTONIO PEDROSA

Mi fregona.

PACO MATEOS y TINO

Varios dibujos y retratos de
Luz Genelty y Manolo Gracia



5 cénts.

Excelente cupletista que ha realizado una brillante campaña en los coliseos de esta corte. La simpática y hermosa Luz nos ha hecho el favor de «iluminar» nuestra portada. ¡También nosotros la hartamos de muy buena gana un favor!



Fiestas de "fiestas,"

Si yo dijese que para ejercer la caridad, maldita la falta que hacen ni la Fiesta de la Flor, ni ninguna otra clase de fiestas, diría lo que sabe todo el mundo é islas adyacentes, como hubo de exclamar no sé qué diputado de la mayoría.

Si yo afirmase que la Fiesta de la Flor sirve de pretexto para que unas cuantas buenas mozas, y otras que tal vez no sean buenas, ni siquiera mozas, se lancen á los cuatro vientos y á las cuatro calles, provistas de un clavel doble, ó sencillo, dispuestas á asaltar al transeunte y á llevarle el dinero; si yo afirmase tamaña ver-

CHIQUILLADAS



—¿Cómo se entenderán los pajaritos sin hablar? ¡Caray! Me gustaría á mi saber cómo pasan la luna de miel...

dad, se reiría de mí la gente, porque también eso lo sabe todo el mundo.

Si, caras lectoras —ahora más caras que nunca, pues que estáis ya con la flor en la mano preparadas á metérmela en el ojal, y viceversa—; sí, riquísimas filántropas; eso de que la Fiesta de la Flor es un «timo», en el buen sentido de la palabra, y en el malo, si «os empeñáis ustedes», eso es axiomático.

No voy yo á comentar, yendo del brazo con muchos maliciosos, que en esta fiesta se han enriquecido los floricultores, que, por lo demás, son señores muy aficionados á que les hagan «fiestas»; tampoco voy á explicar una interpelación sobre la ineficacia de estas gestiones benéficas, que ni ponen coto á la mendicidad, ni remedian lo más mínimo á los tuberculosos, que antes de la fiesta, mientras la fiesta y después de la fiesta, morirán asfixiados por el bacillus de Kock y por el carbón de la misma sociedad ó agencia, en cualquier desván ó guardilla; mucho menos voy á trinar contra la coacción que supone el que una mujer nos aceche en la calle á primeros de mes —aludo al mes del que cobra sueldo y no jornal—, nos meta una flor en el ojal y una mano en el bolsillo, y nos desballeje.

No; no. Todo eso es demasiado trascendental para que merezca mi atención. ¡Por mí, pueden hasta alquilar una tercera mano, como el hostelero de *El hisar de la guardia*, y «depositarla» en el lugar que mejor les parezca, al igual también del mencionado hostelero!

Me ocupo yo de la Fiesta de la Flor, á cuento de que en el último espectáculo de esta índole me ocurrió un incidente —un accidente, mejor dicho—, por cuya *repris* se, ó repetición, hago votos.

Cinco ó seis muchachitas portadoras de sendas cestas de flores —por cierto que se mostraban orgullosas de llevar la cesta—, esperaban dentro del pasillo de la casa de Banca en que trabajo, el paso de los empleados; porque sabrán ustedes que nos-

otros salíamos al «paso» por el «pasillo», cuando debiéramos haber salido á «galope».

Apenas el ciudadano cobraba sus haberes, y todavía con la mano en el bolsillo del pantalón, salía arreglando el cartucho de la calderilla, avanzaba una de las chicas, flor en mano, y ¡zás!...

Algún primo dejó el cartucho entero, y algùn desaprensivo no seltó un cuarto, y, agarrando el embuchado de la calderilla, hizo un desdénose mohín capaz de encender rubores en el semblante de la Cibeles.

Pero yo, que gusto de colocarme siempre en término medio, á medida que ganaba el pasillo, contaba por dentro del bolsillo, palpando el tamaño de cada pieza, dos de cinco céntimos.

Una joven rubia se encaró conmigo y, á tiempo que luchaba con la pequeñez del orificio abierto en mi solapa, en el cual había de entrar á todo trance un clavel de los dobles, la lindísima florista posaba sobre mi pecho las dos divinas —divinas y enormes— prominencias del suyo.

¡Sentía yo palpar sobre mí aquellas dos bombas incendiarias!

Pero la joven, sólo atenta á la cuantía de mi óbolo, no se daba por enterada.

—¡Tome! —la dije, siempre en la misma posición, alargándola mis diez céntimos.

La mujer no pudo disimular su desencante:

—¡Son chicas! —murmuró, mirando tristemente las dos perras.

Pero yo, que sentía aún la furiosa trepidación de sus bombas túrgidas, protesté:

—¡Qué han de ser chicas! ¡Es usted muy modestal...

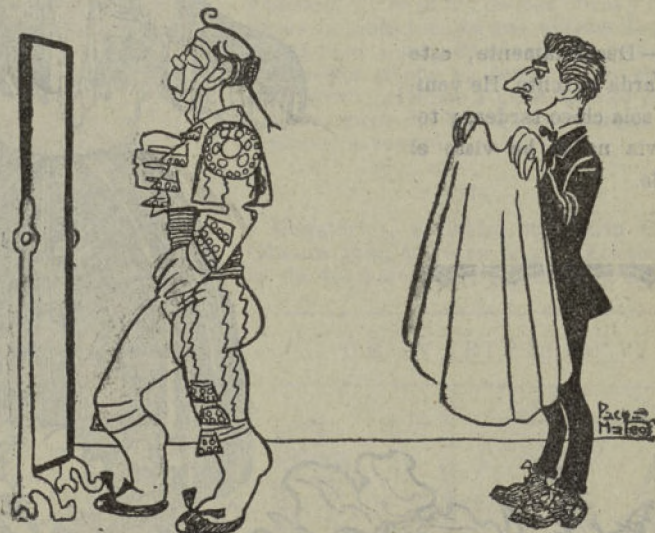
Y este año, ante la inminencia de una nueva fiesta, me atrevo á suplicar desde

estas columnas, á la robusta y desinteresada mendicante, que me espere en el mismo sitio; en el mismo sitio de la «fiesta» de la «flor» —¡deliciosa «fiesta»!— del año pasado, para ser más espléndido que entonces.

¡Este año sí que serán gordas! ¡Veinte céntimos en dos piezas!

Al contrario que la fiesta en cuestión,

LAS GRANDES COGIDAS



—Vamos á ver hoy, maestro; porque usted, cuando por unas cosas, cuando por otras, siempre está usted cogido.

que es cara y molesta, todo en una sola; todo en una pieza.

CÉSAR JALÓN

Las píldoras de la felicidad

Has de saber, lector, que la acción de esta historia pasa en un reino cuyo nombre es el de Venusia, y que su monarca, Bolín VI, pasábase las noches en claro y los días en turbio, leyendo cuantos tratados de Medicina se han escrito —y son algunos— desde Hipócrates á la fecha.

A medida que avanzaba en la soporífera y espeluznante lectura, íbase quedando el

¿A QUÉ AGUARDA

EL GUARDA?

—Decididamente, este guarda es tonto. He venido sola cinco tardes, y todavía no le he visto el pelo.



hombre más flacucho, descolorido y triston, que amador desdeñado; cayósele el pelo, perdió las ganas de comer y sumióse en perpetua meditación y en perpetua melancolía, con gran asombro y desconsuelo de sus cortesanos.

Bolin VI buscaba en los libros de Medicina el remedio oportuno para contrarrestar el desastroso influjo de los años, puesto que ya frisaba en los sesenta.

Para tal monarca, era griego lo de que «á la vejez, sopitas y buen vino»; no, él no se resignaba á seguir tan prosaica receta.

Para algo era rey y por algo gozó siempre fama de conquistador... amoroso. Y quien tal es, no se aviene á hacer alto en la florida senda del placer: ese descanso debe tomarlo cualquier pelafustán, no un señor coronado que siente hervir la sangre y se le encandilan los ojos al contemplar una mujer hermosa.

Si rigiendo la nave del Estado, fué el piloto más desmañado y apático de los que tales naves rigen, en cambio, su nombre significaba, en su reino y fuera de él, lo que para nosotros el de don Juan Tenorio.

LOS NUESTROS



Paco Mateos

He aquí el autor de los dibujos que más de una vez te habrán sobresaltado, joven lectora. La travesura de su lápiz nos hace pensar que este gran artista debe ser un «terrible». ¿A que sí?

Porque un don Juan, gallardo, fastuoso y calavera, aventurero y decididor, pendenciero y afortunado, fué el tal Bolín VI, y no hubo mujer que no se le rindiese, marido tranquilo, novios sin temor, ni padres y hermanos confiados, en el territorio venusiano; sus actos, como rey, maldito si se hacían notar en parte alguna; en cambio, sus aventuras traíanle á diario en boca de su pueblo, porque no era un hombre, si era verdad lo que decían sus súbditos: era una legión, un Tenorio elevado al cubo, porque el arriesgado don Juan empleaba sus tres mortales días en enamorarse, conseguir y olvidar á una dama, y al famoso Bolín le sobraba para todo esto las tres cuartas partes del tiempo.

Claro está, lector mío, que, como ni tú ni yo tenemos, á Dios gracias, el feo vicio de chuparnos el dedo, haremos una rebadía prudencial en lo que va dicho, que al

fin y á la postre, el pueblo es de suyo amigo de ponderar las cosas, máxime si éstas se refieren á los que están sobre su cabeza.

Sea lo que fuere, el caso es que Bolín tenía bien asentada su fama de conquistador, ya que no de tierras, de mujeres, y la verdad, amarga como todas las verdades, es que el hombre llegó á ese punto en que á los calaveras les pasa lo que á los músicos viejos: que todo lo han perdido, menos el compás.

Para fortalecer su mimoso y gastado organismo, dió en la flor de leer libros y más libros de Medicina, ya que ningún doctor en tal ciencia supo devolver á su decrepita persona lo que el tiempo y los vicios destruyeron; ridículo afán éste de los eternos amantes de Afrodita: conservar inacabable juventud.

II

Megaterius, el ilustre secretario de la Cámara real, entró en el gabinete secreto de su majestad, y, todo alborozado,

DE «VARIETÉS»



—La malla debe hacerme unas arrugas algo raras, ¿verdad?

—No, señorita; no es la malla: son los años. Cuanto más vieja, más arrugada. A todo el mundo le pasa lo mismo.

La noticia del inopinado banquete puso en conmoción á los cortesanos y corrió como fuego sobre reguero de pólvora, por la capital venusiana.

El pueblo, atónito y receloso, comentó estupendamente el notición, pues ya se sabía que estos banquetes emulaban á los famosos neronianos; los hombres torcieron el gesto, y las viejucas murmuraban no sé qué espantosas historias de niños sacrificados para que su majestad bebiese su sangre humeante: remedio infalible para remozar cuerpos caducos; ¡un horror!

Mientras, Bolin VI paseábase como un gallo por las amplias galerías de su real mansión, ferzándose las ilusiones más encantadoras.

—¡Oh, famosas y nunca bien alabadas píldoras, tan apropiadamente llamadas de felicidad!... ¡Cuánta es la que me proporcionáis!... ¡Oh, Pindáricus amigo, el más ilustre y el más sabio de los hombres!... Si tus píldoras ahuyentan el frío invierno en que cayó mi persona, por la primavera florida he de erigirte, en el centro de la capital, una hermosa estatua que perpetúe tu nombre.

Tal pensaba su majestad, que, impaciente, requería con los ojos, animados por extraño brillo, las esferas de los relojes que encontraba á su paso.

Llegó el momento de celebrar el banquete; las más hermosas mujeres de Venusia, las más encantadoras y amables, ataviadas con lujo espléndido, sentáronse á la mesa real; los músicos rompieron el grave silencio del palacio con los aires recogidos de una opereta muy en boga, y el soberano, locuaz y risueño, paseó sus ojos de milano hambriento sobre aquellas lindísimas y sugestivas palomas.

¡Humana fantasía!... Deleznable ilusión de los mortales, que locamente levantas en el espacio rosados templos de placer, y cuando intentamos penetrar en su maravilloso recinto, nuestros pies se hundan

miserablemente y nos vemos ridículos y maltrechos, caídos en el barro terrenal.

Viene tal apóstrofe, no por ganas de emplear lirismos trasnochados, sino para reflejar, en parte, el atroz desencanto que hubo de sufrir Bolin VI al llegar en el banquete á aquel punto en que empezaba la bacanal... Huyósele como por ensalmo la ficticia energía que animaba su caduco

EL SENTIDO DEL TACTO



—Perdona, Luisita, que ha sido sin querer. En este cine dan tan poca luz, que hay que andar á tientas.

—Pues, hijo, por mucha luz que diesen, no andarías por mejor sitio. ¡Camará, qué bien te equivocas!

organismo; apagóse el brillo de sus ojos, trocósele la color rosada del rostro en la antipática de la calabaza cocida; flaqueáronle las piernas...

Furioso, con rabia de rey burlado y de hombre puesto en ridículo ante una porción de mujeres hermosas, barboteó una atroz maldición y ordenó con infinita sed de venganza que fueran á buscar al miserable embaucador que le había colocado en lance que nada tenía que envidiar á los de Prometeo.

Pindáricus presentóse ante su majestad solemne y frío, como si le importase un rábano la furiosa tempestad que le amenazaba.

—Señor —dijo impávido, sin hacer caso de los gruñidos y maldiciones de su regio interlocutor—, mis píldoras, como todos los remedios aná'ogos inventados y por inventar, sólo sirven para fingir momentánea juventud. Tú, y todos los viejos rijosos, pedís á la Ciencia lo que la Ciencia

jamás podrá hacer, porque la maquinaria humana no es como la de los relojes, que, si se estropean sus ruedas y se desgastan, pueden sustituirse por otras y continuar impávidos su marcha.

Dijo con valiente entonación el doctor Pindáricus, con gran asombro de los concurrentes, anonadados por la dura lección que el bombrecito daba á su soberano.

ALEJANDRO LARRUBIERA

DEL PASEO



- ¿Por qué llora el rorro, ama?
 —Porque quiere más.
 —¿Más?...

Nuestros artistas y la guerra.

El "paseo,, de gracia (Manolo).

La figura de un novillero, cuando el novillero aspira á conseguir en su día la alternativa, tiene, á mis ojos, mayor realce que la del más afamado matador de toros.

Es la vida del novillero, por el modesto ambiente en que ha de desenvolverse, más inquietante y azarosa y más amena y pintoresca que la del espada de seis mil pesetas, y que la de los espadas ya maduros que han limitado sus aspiraciones á torear seis corridas anuales, á seis mil reales, para reunir al año el sueldo de un oficial tercero de Hacienda, con el correspondiente descuento.

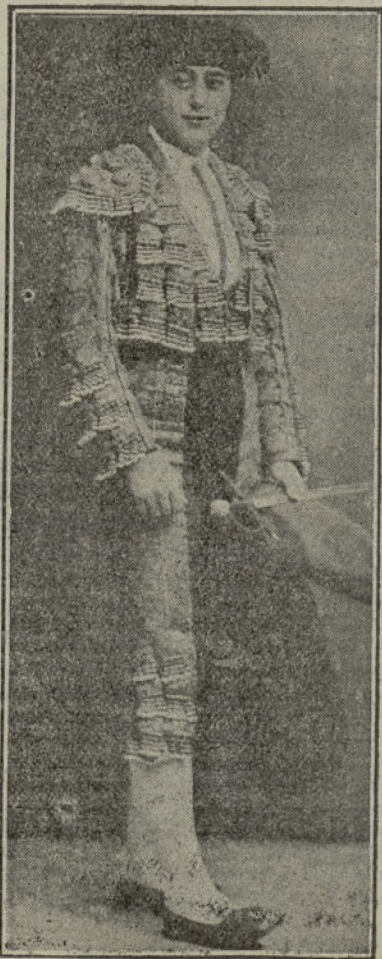
Ni unos ni otros matadores se juegan la vida tan de verdad como los novilleros; ni unos ni otros son protagonistas de Dios sabe cuántos sucesos trágico-cómicos por esos pueblos del diantre.

He aquí por qué, á juicio mío, siempre es más sugestiva la figura del novillero que la del matador de toros.

Si vas á Sevilla, lector, te hablarán de la Giralda y de los Quintero; de la Venta Eritaña y de Jesús del Gran Poder; de Gallito y de Belmonte... Si vas á Barcelona, te hablarán del Tibidabo y del Emperador del Paralelo; de la «Rabasada» y de la Rambla; de Raquín Meller y de Agustín García Malla, que á la hora presente ha toreando allí cuatro corridas en menos de un mes. Y

si vas á Zaragoza, lector, te hablarán de la Pilarica y del Ebro; de Torrero y de Basilio Paraiso; de Ballesteros y de Manolo Gracia...

Allí, en Zaragoza, la afición taurina tiene puestos sus ojos en estos dos muchachos: Gracia y Ballesteros. Ellos dos se reparten, después de una buena tarde, las sonrisas de las «mañas» y los aplausos de los «maños».



Manolo Gracia.

No me pregunten ustedes cuál es mejor de los dos, pues, sobre que todas las comparaciones son enojosas, yo, casi aragonés, soy amante del alma baturra, y como dice la copla: «En siendo de Zaragoza, á mí lo mismo me da.»

Hablo de Manolo Gracia, porque es un novillero de los que quieren llegar, y eso, repito, es ya un detalle interesante.

Digo que es de los que quieren llegar, y añado que llegará, porque le sobran arte y facultades, y está, además, pidiéndoles pelea á los toros y dando á éstos ejemplos de bravura.

Si alguien lo duda, pronto tendrá ocasión de comprobarlo. ¡Tal vez mañana, en Vista Alegre!

—Qué, ¿le ha perjudicado á usted mucho la guerra?

Manolo Gracia sonríe ante mi inopinada pregunta, que le desconcierta un «tanto».

—¿La guerra? ¡Bah; no, señor! La guerra, no... Lo que me ha perjudicado á mí y á tantos otros, es no arri-

DE LA PRADERA



Ahí los tienen ustedes: con dos reales por cada cabeza han tenido bastante para ponerse alegres é ir del brazo. En cambio, hay quien tiene que hacerse empresario para entrar del brazo con las pendones al Colonia!

marme á buenos árboles para que me cobijase buena sombra. Ya ve usted, para torear una corrida en Madrid ó en una plaza de su extrarradio, son menester recomendaciones del Nuncio y de los ministros. ¡Ah, y luego, cuando conseguimos firmar una novillada, nos sueltan, á lo mejor, un ganado que ya, ya!..

—Pero en provincias ha toreado usted mucho, ¿no?

—Sí; sobre todo, en Zaragoza y Bilbao, que son poblaciones muy «taurófilas».

—Entonces, ¿no cree usted que la guerra le haya quitado alguna novillada?

—De ningún modo, aunque acaso esté yo equivocado. Lo que sí le aseguraré es que esta temporada, si me acompaña la suerte, pienso aumentar el número de corridas.

—¿Y...?

—Pues siento mucho no poder complacer á los lectores de LA HOJA; pero no sé mentir. Mis aventuras amorosas son muy escasas y muy vulgares. Por ahora, cifro todas mis ilusiones en los toros. ¡Tiempo me quedará luego para «torear por las afueras» y divertirme!..

—¿Recuerda usted alguna flor, algún piropo con que le haya halagado su vanidad torera alguna espectadora?

—Sí, señor. Una tarde, después de la corrida, estando en el Suizo, pasaban dos mujeres hablando de Ballesteros y de mí, que habíamos toreado aquella tarde.

—¿Verdad, tú — preguntaba la una á la otra —, que Ballesteros hace muy bien el paseo?

—A lo que la otra, que me pareció catalana por el acento, contestó:

—A mí me gusta más el paseo de Graella...

Y el simpático y valiente novillero se ruborizó un poco, avergonzado del «chiste».

CLARITO

¡A GOZAR!

A gozar con delirio y sin demora,
decadencias, perfumes y colores;
á vivir y adornar con gayas flores
el negror de esta vida engañadora;
que no cese la carne tentadora
de gozar sicalpticos amores;
que gozando placeres y dulzores,
nuestra vida transcurra halagadora.

A vivir en gozares noche y día;
á gozar en la calle, campo y lecho;
á llenar de calores nuestro pecho;
á morir en un raptó de alegría;
á dejar todo el sér en seres hecho,
tras gozar con frenética porfía.

J. M. BLAZQUEZ DE PEDRO

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de "Ediciones España,"

Calle de Santa Isabel, 45.

DEL CERCADO AJENO

..... LOS GRANDES CUENTISTAS

La venganza. Vanamente he paseado la tristeza y el dolor que consumen mi alma, por el viejo y el nuevo mundo.

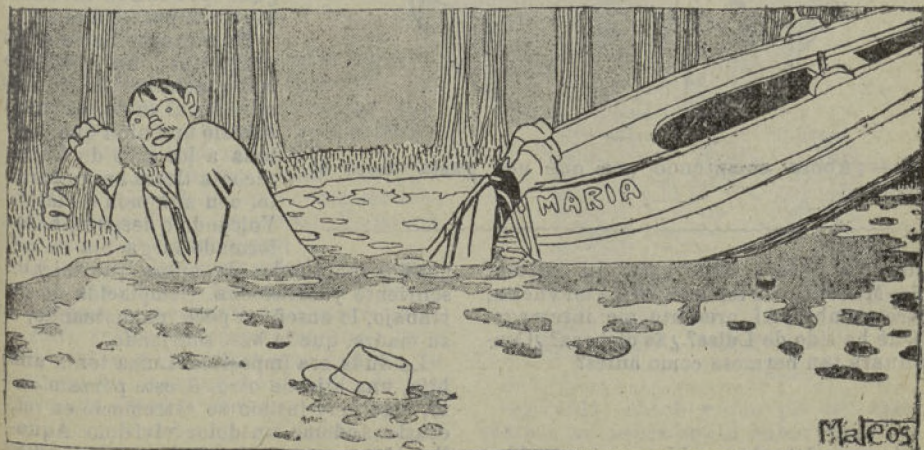
En balde todos mis buenos propósitos de volver á París para reanudar mi antigua labor intelectual.

El hombre no puede nada contra las enfermedades de la voluntad, caracterizadas por una idea fija, exclusiva, absorbente, asesina. Ayer, al mediodía, al salir de mi casa, fuíme, como antaño, al bosque. Ese florido parque se engalana con soberbios encantos cuando el otoño declina. En el horizonte gris se dibujan las caladas copas de los árboles sin follaje; las hojas secas, remolinean á impulsos del viento helado sobre el lodo violeta de que las lluvias han cubierto el suelo; á la fragante violeta y á la encendida rosa, ha sucedido el melancólico crisantemo; el lago riza su superficie azul con un susurro triste. En la agonía de las cosas, he hallado espejo fiel que refleja el íntimo sufrimiento de mi vida. Después de haber

paseado largo rato, me senté, al fin, en mi sitio favorito: un banco rodeado de castaños y plátanos que da frente á una avenida solitaria.

Aquellos árboles, aquel banco y los paseos y macizos que les rodean, guardan la historia de mi vida y saben el secreto angustioso que encierra mi corazón. Las horas uniformes é impersonales de la infancia, con sus vértigos y perezas inconscientes; la marcha hacia la personalidad; luego, bajo el triple impulso de la reflexión, el trabajo, y sobre todo, de la lectura constante, ciega y apasionada; en seguida, la preparación misteriosa para la vida del corazón, el súbito encuentro con Luisa, el amor impetuoso y ciego concebido por ella, y las radiantes esperanzas del adolescente que en todo cree, porque sólo mira al cielo; más tarde, el arribo á la virilidad, mi indefinible anhelo convertido en pasión delirante, avasalladora, en trama oscura é indestructible de mi destino; después, el idilio trocado en drama, la entrevista con la amada, mi confesión balbuciente y su

POR ELEGIR MALA BARCA



—Y todo por no hacer caso del patrón, que me ha recomendado cien veces: «**Agárrate bien á la popa de la María, ó llévate otra más segura!**»

cruel negativa articulada entre risas.— Todo eso ha sido juego de muchachos! Nunca he pensado en casarme con usted! ¡Esa novela carecía de base!— Y por último, el horrible epílogo: el brusco casamiento de Luisa con otro, mi huída destiinada, mis inútiles viajes con el pensamiento dominado por ella, y mi vuelta á París, donde mi mal se ha agravado. Mi

aspiración única de mi alma, es hallarme en su presencia. ¿Cómo? Todo lo fía el ardiente deseo de mi corazón á la casualidad. Un deseo obsesionante parece imán mágico que realiza con frecuencia en la vida los vehementes imperativos del corazón. Al alzar los ojos en dirección á un banco próximo al mío, todo mi sér estremeciése violentamente. Era ella, Luisa,

EN EL «TIO VIVO»



—¡Ahora comprendo por qué nos gusta tanto el tomol...

obsesión durará tanto como mi existencia. Mi delirio ha tomado, desde mi vuelta, otro rumbo. Al presente me interrogo: ¿Qué ha sido de Luisa? ¿Es dichosa? ¿Continuará tan hermosa como antes?

A pesar del solemne juramento que hice hace cuatro años, de no volverla á ver y de rehuir su encuentro, hoy todo mi afán, la

que leía; la reconocí al instante. Un rayo del sol poniente iluminaba sus negros cabellos, su rostro sonrosado y busto gallardo. Su perfil gallardo destacábase sobre la oscura corteza de un árbol, como delicado relieve. Sus ojos, sombreados por las largas pestañas, recorrían con avidez las páginas del libro. Un gesto infantil originado por la atención de la lectura, había arqueado ligeramente su fresca boca. Al analizar su hechicera figura, que el matrimonio, si cabe, había perfeccionado, sentí un nuevo dolor.—¡Oh, no es la misma Luisa que conocí!—me dije.—¡Está más bella y más encantadora que nunca! Un indomable impulso de ternura me empujaba hacia ella. Pero, ¿cómo hablarla? ¿Qué iba á decirle? ¿Qué pretexto inventar para acercarme á ella?

En tanto me hacía estas preguntas, un pequeño ruido metálico dirigió mis miradas al suelo. El ruido hacía una niña que, sentada á los pies de Luisa, recogía tierra en un carrito, con una pala de latón. Volcándolo después, había formado larga fila de pe-

queños montículos de arena que miraba sonriente y satisfecha. Complacida de su trabajo, lo enseñó á poco, palmoteando, á su madre, que la besó sonriendo.

La duda era imposible. Luisa tenía una hija, una hija de otro. A este pensamiento, algo muy íntimo se estremeció en mí, ocasionándome un dolor vivísimo. Aquella niña era cruel afrenta hecha á mi aflicción, recordándome que podía haber sido sangre de mi sangre. ¡Oh! Tener una cria-

tura angelical é ingenua, que recordase en su tierna carnicita la gracia maternal, ¿no era el ensueño de mi juventud? ¡Y este sueño de felicidad, de dicha inenarrable, lo había realizado otro sin esfuerzolo Me consideraba robado. Bajo el influjo atroz de los celos, el deseo de matar al desconocido que me había despojado de la alegría y de la esperanza, se apoderó de mi espíritu.

Distrajo mis negras reflexiones un movimiento que hizo Luisa para tirar una pelota á su hija. Esta corrió á recogerla. Quiso botarla; pero lo hizo tan inhábilmente, que la pelota rodó hasta mis pies. La niña vino á recobrarla. Al examinarla de cerca, me convencí de que era el vivo retrato de su madre. Tenía sus cabellos, su mirada, su boca y el mismo sonrosado en su tez infantil. Cuanto más examinaba aquella promesa de mujer, más intenso era mi sufrimiento. ¡Qué dulce sería escuchar el perpetuo baluceo de sus labios preguntones, junto á ella! Anonadado por la amargura, vencido por el dolor, las lágrimas empañaron mis ojos. La pequeña las vió, y preguntóme con voz melódica:

—¿Por qué lloras? ¿Quieres jugar conmigo?

Esta tierna piedad infantil no hizo sino envenenar la profunda herida de mi corazón, y un sollozo de suprema congoja estranguló mi garganta.

—¿Tienes pena? ¡Vamos con mamá, y verás cómo te consuela!

Añadió la niña, mientras con su manita sonrosada y cubierta de hoyuelos esforzabase por arrastrarme hacia el banco donde estaba Luisa.

Mientras con la cabeza entre las rodillas, lloraba yo esta dicha imposible, una voz dulce, que me hizo sobresaltar, dijo:

—¡Josefina, ven aquí; no seas importuna! ¡Excúselas usted, caballero!

¡Luisa no me había reconocido! ¿Era aquella la palabra con que debía ser acogido después de tantas penas? ¡Yo no era para ella sino un caballero!

La pequeña Josefina no desistió por esto, y, agarrándome la mano, volvió á decir:

—Mamá, este señor llora. Consuélate.

Quise sustraerme á esta tortura. Pero ¿debía irme sin dirigirla una palabra de explicación ó de reproche? La idea de una represalia cruzó mi mente.

Y entonces, á los ojos de Luisa, estupefacto, cogí en brazos á su hija y la besé frenéticamente en la frente, en la cabeza, en los ojos y en la boca. Luego la dejé en

DE LA ISIDRADA



—¿Verdád, chacho, que pa ver estos adornos no necesitamos haber venido á Madrid?

—Claro que no. ¡Como que en el pueblo los tenemos mejor puestos!

FLORES CALLEJERAS



—¿Quiere usted una flor? Le advierto, serrana, que la llevo para usted...

—Pues guárdesela. ¡Está en buenas manos!

el suelo, y eché á correr como un malhechor.

Y ahora, al escribir estas líneas, no siento ningún remordimiento. Me halaga, por el contrario, el tranquilo orgullo que sigue á las venganzas satisfechas. Ya pue-

do vivir tranquilo. En mis besos á la hija de la ingrata que rechazó mi cariño y se rió de mis lágrimas, puse toda la ternura y todo el dolor de mi vida.

PEYRE DE BETOUZET

MI FREGONA

Mi cateta, mi Paca, mi Maritornes: Una notabilidad, una belleza, un prodigio. Demócrata hasta la medula, no me pasa lo que á don Quijote: cuando huelo ámbar ó cuando huelo ajos, sé lo que huelo; pero me es indiferente uno ú otro olor cuando lo huele una persona que me gusta. No me espanta ni me trepa que mi Paca me suplique. —«Hazme un soneto en verso», que hablando de su señorita (que aprende canto y se pasa la vida degollando óperas), me diga con admiración: —¡Oh! La señorita Sarah sabe más música que Méndez Bringa, ó que para hacerme saber que está leyendo *La loca del Vaticano*, me diga antes *La loca del batacazo*, *La loca del boticario*, etc. No; en vez de sentirme trepado ó espantado, disfruto; y me rio un poco y hago por cogerla un beso. Mi carácter es así de raro. ¿Me acuesto y sueño algo antes de quedar dormido?... Bueno; ya se sabe: so-

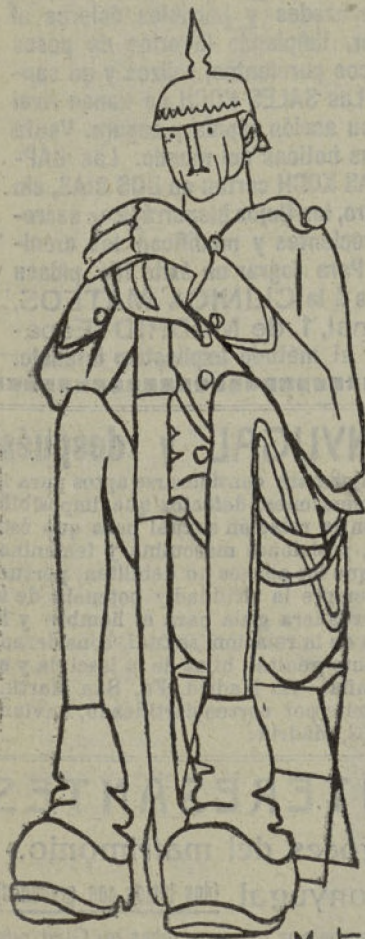
fiar despierto. Pues lo mismo murmura, cuando voy á sucumbir á Morfeo, mi ya entorpecida lengua un —¡Oh, princesa... prin... cesita!... si en una princesa pienso, que un —¡Oh, catetita... ca... teta!... si pienso en mi Maritornes.

II

Cocina de mi Paca.

El cómo ó el por qué me encuentro en ella, es largo de contar y no lo cuento. Lejos, los acordes de un piano. La inteligente se quedará calva á fuerza de estudiar: busca la sabiduría. Aquí mi cateta probando el guisado: ¿á qué sabe más? ¿á

TOMANDO POSICIONES



Mate

—¡En su lugar, descanso!
(Como verán ustedes en los diarios, lo que más se ha tomado en esta guerra, son posiciones.)

qué sabe menos?... ¡Oh; busca la sabiduría también!

La señorita y su novio. La señorita:

—¿Germán?... Miralo: es precioso. Pón-telo en el ojal.—El: —¿Un pensamiento? ¡Oh, gracias, querida Sarah! —Yo y ella: —Ahora está en su punto: toma, prueba este muslito. Yo, con la boca llena: —¡Oh, soberbio! Gracias, plchoncita.— Los otros: —Cada vez te encuentro más bella. Dame la mano. ¡Ojalá! Empiezas con tus locuras. —Nosotros: —¡Estás hecha una bestial! ¡Dame un abrazo! —¡Suéltame! ¡no seas borrico! —La señorita, cantando: —¡Oh, Marcéllooo... flujebo di dormíreel! —Paca: —... que en Galicia lloraba, ¡con senti... iiiiii... etc.

III

¡Oh, entonces seré feliz! ¡Los señores van á salir á paseo! Paca, ¿serás buena? —Procuraré no condenarme. Pero las manos, quietecitas, ¿abes? Cuando la señorita salga, verás: ve y á cantar como ella y á tocar el piano. Luego, bailamos. Después, nos sentamos, y tú me preguntas como el señorito á su novia: —¿Te gusta Víctor Tarugo? ¿y lord bribón? ¿y Jo... no; eso, no: Goeth? Oye, ¿qué significa eso? ¿Pescados? —No; carne mechada. Pero ya salen: ¿bailaremos? —No; vamos á tocar el piano.

Al cerrarlo la señorita antes de salir, su dedo ha empujado descuidadamente una tecla, y el piano, que parece conocerla, ha lanzado un alegre ¡Ah!... Mi Paca, al verse sola conmigo, vuela al gabinete, alza la tapa, hunde otra tecla, y malhumorado el piano, lanza un enérgico ¡Séooo!...

—¡Ah, traidor de los traidores! ¿Vas á modificar mis pensamientos respecto á la fraternidad del ámbar y del ajo? me digo; pero medito, y me río luego de esta explosión. No; concluyo: tecando las dos la misma tecla, arrancarían el mismo sonido.

ANTONIO PEDROSA

Agentes exclusivos en Sud América
MASIP Y COMPAÑÍA
RIVADAVIA, 695.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España»

Agentes exclusivos para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

IMPRESA

DE

Ediciones España

Calle de Santa Isabel, 45.

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843.

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Crtopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos sacretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídense gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España) el método explicativo infalible.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieren conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. = Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º acerecha, Madila* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0.50 ptas.—*Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.*